

lières, hallábase en otra incertidumbre que inmediatamente y durante la tarde que siguió á dicha visita le turbó hasta molestarle; y así fué que tuvo en la sala de los Mirlitons, tirando al sable con Werekiew, dos ó tres distracciones de las que se extrañaron los admiradores de su juego.

En la comida, una comida con dos camaradas del Círculo, en el café Inglés, estuvo silencioso, y luego triste en un espectáculo de acróbatas adonde aquéllos le condujeron.

A medida que se acercaba el momento de ir á casa de la señora de Candale, para hablarla de su amiga, entreveía obstáculos sobre obstáculos, entre esta amiga y él, y latiale el corazón con violencia cuando entró en el hotel de la calle de Tilsitt, menos de cuarenta y ocho horas después de haber comido allí.

Esta especie de timidez en un hombre habituado, como él, á todos los triunfos, debía de agrandar á Gabriela y predisponerla en su favor, y existía además en la señora de Candale otro sentimiento que Casal no ignoraba: una aversión singular á Enrique de Poyanne.

Gabriela (digámoslo en su elogio) quería á Julieta de Tillières con verdadero cariño; habíanse conocido las dos muy jóvenes en un baile en *chateau* de provincia, uno de esos bailes que son revistas auténticas de la ya escasa antigua aristocracia francesa, y Nançay y Candale, situados los dos

á orillas del Indre, comenzaron á acercarse desde aquel baile, no obstante las veinticinco leguas que les separaban.

La guerra de 1870, aislando á las dos jóvenes en sus respectivos *chateaux*, é hiriendo tan cruelmente á una de ellas, las acercó nuevamente más tarde, y Gabriela tomó á su amiga por leal confidente de la desgracia secreta de su vida.

Lloró con Julieta, como antes lloró Julieta con ella, y este dulce cambio de compasión forjó entre las dos, igualmente generosas y tiernas, una cadena inquebrantable, hecha con el metal más puro de la abnegación.

Y á pesar de esto, Gabriela, que adoraba á su amiga por modo tan completo, tan digno, tan desinteresado, detestaba el sentimiento de aquella amiga hacia Poyanne; sí, le detestaba porque nunca la había hablado de él con absoluta franqueza, abiertamente.

Ella se decía que Poyanne amaba á Julieta, y que ésta no era insensible á tal amor; pero si la condesa hubiese estado iniciada en la culpable aunque noble novela de los dos cómplices, no habría alimentado tanta antipatía por relaciones que ella estimaba puras y cuyo misterio la irritaba.

Pero bien pronto procuró justificarse á sí misma de aquella antipatía, escudriñando los defectos de Enrique Poyanne, y mirándolo con esos ojos malévolos que descubrirían la sensualidad en un Mar-

co Aurelio y el egoísmo en un San Vicente de Paúl.

Así hubo reconocido la señora de Candale un excesivo amor propio en Enrique Poyanne, y sencillamente porque el gran orador, con la obsesión de su obra, hablaba demasiado de política; y le culpaba de tiranía, porque en diferentes ocasiones Julieta había rehusado invitación para asistir á sa-raos y banquetes.

En resumen: Gabriela pensaba, con la mejor buena fe del mundo, que el matrimonio de Julieta y Poyanne, si se llevaba á cabo, sería para desgracia de la señora de Tillières.

Eran las dos de la tarde, y sonó el timbre de la puerta... ¿Es un criado de la casa?

Ved á la señora de Candale sentada á su mesita, en el lindo salón *boudoir* donde *se queda* para sus íntimos, bajo el busto del gran mariscal, su antepasado ilustre, esculpido en mármol por Juan Consin.

Escribe cartas atrasadas, esa cotidiana correspondencia de cortesía, de afecto y de caridad para la que deben encontrar, y encuentran seguramente, bellas fórmulas inéditas las mujeres de su rango.

Pero sonó otra vez el timbre... ¡Luego llega visital

—¡He debido negarme á recibir á ninguna visital—se dijo.

Y abandonando la pluma, acechó la llegada del importuno.

—¡Toma! —exclamó en seguida.—¿Sois vos, Casal? ¡Qué casualidad!

Y añadió para sí misma:

—¿Por qué vendrá á visitarme, él, que jamás hace visitas?

Mientras tanto el joven la respondía con sonrisa que ocultaba un vago embarazo:

—Tenía que hablar unas palabras con Candale, á propósito de un caballo, por si quiere cambiar el del otro día... Pero he sabido que estabais aquí, señora, y me he atrevido á subir. ¿Os estorbo?

—¡Pero no!—respondióle.—¿Cómo os vendéis tan caro?

Y en seguida la conversación empezó, á partir de aquel imaginario caballo, pretexto inventado por Raimundo Casal para llegar á la comida de la noche anterior.

La señora de Candale pronunció el nombre de la señora de Tillières, y vió pasar por los ojos de Casal un relámpago de curiosidad, y por sus labios una pregunta.

—¡Bueno!—se dijo.—¡Estoy enterada! Viene á hablarme de Julieta.

Los momentos en que una mujer es verdaderamente mujer, astuta y encantadora de gracia, son aquellos en que descubre, en una conversación íntima el interés que os inspira otra mujer.

Al punto siente un movimiento de curiosidad que la hace reconcentrar toda su atención; si estaba escribiendo, deja la pluma; si no escribe, toma una labor ó un libro, ó bien suele encender un cigarrillo, aparentando siempre que no tiene la menor curiosidad.

Después lanza en la conversación una sencilla frase, muy sencilla, y entonces las pérdidas se distinguen en envenenar de repente el porvenir entero de vuestra pasión, por medio de ciertas indicaciones donde el clásico «¡se dicen tantas cosas!» sirve de vehículo á la más atroz maledicencia.

Al contrario, las que son buenas, pero que olfatean una historia de amor con la avidez que una gata una jarra de leche, despliegan su diplomacia más acariciadora para que os resbaléis en el camino de las confidencias; y entre las astucias para abrir vuestro corazón, la más hábil consiste en decir sencillamente lo que vos mismo tenéis deseos de decir, en hablar en alta voz lo propio que tenéis en vuestro pensamiento.

Así es cómo, repitiendo el nombre de la mujer que le preocupaba, Casal empezó:

—A propósito de la señora de Tillières, ¿cómo está? ¿La habéis visto desde anteayer?

—No—respondió la condesa.—Y no debo preguntaros: ¿Y vos?... Porque tan adusto como os conozco, apostaría á que ni siquiera la habéis enviado una tarjeta...

—¡No apostéis—replicó Raimundo riendo— porque perderíais!... He hecho algo mejor que eso: me he permitido hacerla en toda regla una visita.

—¡Ah! Pues por esta vez habéis tenido razón. ¡Es deliciosa mi amiga, y espiritual como si no fuese lindamente hermosa!.. Sólo que ¿sabéis?... ¡Es mujer honradísima!... Esto os convencerá de que la especie existe... ¿Y de qué hablasteis los dos?

—De nada—respondió Casal.—No desearía sino dejarme convencer de lo que decís... mas por desgracia, las mujeres honradísimas están más asediadas que las otras... Hoy os encuentro sola á vos, señora, por vez primera... pero no he tenido igual fortuna con la señora de Tillières... Llego á su casa, y... ¿quién estaba allí?...

Y se detuvo en esa interrogación.

Con otra persona que no fuese Gabriela, habría calculado bien suponiendo que la respuesta le diría el nombre del amante de Julieta, si ésta le tenía; pero la señora de Candale se contentó con mover la cabeza en señal de ignorancia.

—¡D'Avançon!—prosiguió Casal, obligado á la respuesta después de haber formulado la pregunta.—¡Confesaréis que, para la primera visita, aquel encuentro no es lisonjero! Y por cierto que el buen hombre me gratificó con una porción de cosas desagradables, y estando yo allí; con que imaginad lo que diría de mí en cuanto volviera

las espaldas... ¡La señora de Tillières no va á reconocerme!

—¿Y qué os importaría?—exclamó maliciosamente la condesa.

—¿Cómo? ¿Creéis que sea muy grato pasar por una especie de bruto, que sirve únicamente para conversar con *jocheys*, jugadores y *cocottes*? ¡Palabra de honor! Poco más ó menos, en tales términos me ha presentado aquel viejo galante...

—¿Y qué respondisteis?

—No podía incomodarme ¿no es verdad? en mi primera visita, con un amigo íntimo de la casa; pero ¿vos queréis favorecerme?

—¡Os veo venir!—murmuró la condesa, riendo.—¿Queréis que diga á Julieta que valéis algo más que eso?... Pues vos tenéis la culpa de todo; ¿por qué vivís veintitrés horas, de las veinticuatro que tiene el día, con una banda de jugadores, vividores y señoritas... que os enganchan, os desmoralizan y os arruinan?... Me diréis que esto no me importa...

—¡Ah, señora!—respondió Casal, tomándola una mano y besándosela con ademán respetuoso y familiar, que conmovió á la joven.—¡Si hubiese en la sociedad muchas personas que se pareciesen á vos!

—¡Vamos, vamos!—dijo ella, amenazándole con el dedo.—¡No me aduléis por tan poca cosa! ¿Queréis que os dé ocasión de justificarnos, en presencia

de mi bella amiga, de la malevolencia d'Avançon? Pues id á hacerme una visita en mi palco de la Ópera, mañana, viernes...

—¡Dios mío!—se dijo la condesa cuando Casal hubo partido.—¡Con tal que Julieta no me regañe por esta invitación! Pero ¡qué tonta soy! Si ella estuvo contrariada la otra noche desde el momento en que marchó Casal, después de la comida, estará deseando volver á verle... Y este siquiera puede casarse con ella... ¿Casarse Casal? ¡Qué locura! ¿Y por qué no? Es rico, bien relacionado y joven... ¡Sí! Joven de corazón, á pesar de su vida y fama... ¿Qué le falta á ese muchacho? Una buena influencia. ¿Y qué dirá Poyanne cuando sepa esos dos encuentros, uno sobre otro? Pues que diga lo que quiera; ¡lo mismo me da!

A pesar de tales razonamientos y de la hipótesis de un matrimonio entre la joven viuda y Raimundo, la condesa no estaba absolutamente confiada, cuando dijo á su amiga, el viernes por la noche, en el carruaje que las llevaba hacia la Ópera:

—A propósito: olvidábame de decirte que he invitado á Casal á mi palco. ¿Te contraría esto?

—¿A mí?—respondió la señora de Tillières—¿por qué?

Y pronunció este «¿por qué?» con tembloroso acento, que no pudo escaparse á persona tan habituada á las inflexiones de la voz como la señora de Candale.

Julietta, después de la visita de Casal, había pensado constantemente en él, y con lealtad profunda se esforzaba en oponer la imagen de Poyanne á la del tentador.

—¡Qué suerte—había pensado—en haberle recibido mal!—Así no volverá más, porque la verdad es que me habría encontrado molestando para hablar de él en mis cartas á Enrique...

Y acordándose de la despedida que la hizo el diplomático d'Avançon, añadió:

—¡No puedo creer que tenga razón!

Como á la mayoría de las mujeres que no tienen noción precisa del decoro exterior del vicio, la fórmula: «es un vividor,» no representaba para ella nada vago, abstracto, indeterminado, sino la destrucción culpable de sí mismo y la pérdida dolorosa por los remordimientos que la siguen.

—No; Gabriela ve más claro... Él ha debido de tener malas compañías, ser poco amado. ¡Qué lástima! Y en verdad que d'Avançon estuvo incalificable... Pero si él me hubiese encontrado sola, qué me habría dicho?

Y sintiendo un estremecimiento con esa idea, murmuraba:

—¡Bah! ¿Para qué pensar en él? Asunto concluido: ya no volverá más.

Y he aquí que la imprudente amiga la ponía otra vez enfrente del joven.

—Pues yo creía—dijo bruscamente á Gabriela—

que no veías al Sr. Casal fuera de tus grandes comidas de caza.

—Es cierto—respondió la señora de Candale—pero me ha visitado ayer, y tenía un aspecto de lástima...

—¿De qué?

—¿No ha ido á verte también, encontrando en tu casa á d'Avançon?

—No comprendo la relación que exista...

—¡Pues muy sencillo!—interrumpió la condesa.—Parece que d'Avançon estuvo atroz para él...

—Tú conoces á este pobre hombre—contestó Julietta, aparentando reír.—Es celoso, y las caras nuevas no le gustan.

—Bien; pero Casal partió de tu casa persuadido de que habías formado malísima opinión de él, y ha ido á contármelo. ¡Le causas miedo! Si le hubieses oído cómo me decía: «¡Defendedme delante de vuestra amiga!», tú habrías conocido como yo... Y le he invitado para que se defiendan él mismo. ¿Qué quieres? Tengo la idea de que es lástima dejar á ese muchacho caer cada día más abajo en sociedades indignas de él, y puesto que tiene en mucho nuestra opinión, ¿por qué desalentarle de vivir en la verdadera sociedad? ¿No lo juzgas así?

Julietta contestó con una frase evasiva, no queriendo mostrar á Gabriela el temblor nervioso que la causaba la presencia de Raimundo.

¡Quizás ella también había deseado esa presen-

cia, aunque intentara demostrarse lo contrario, y se regocijaba con la idea de volver á ver á Casal, sin culpa suya!

Y además, la condesa, procurando justificarse de haber invitado al joven, acababa de encontrar involuntariamente la más peligrosa de las excusas para una mujer tan sensible como la señora de Tillières, en la exclamación «¡qué lástima!» que ella misma se había dicho.

Del pensamiento de que Casal era miserable por los desórdenes de su vida, y que una influencia bienhechora podía libertarle de ellos, al proyecto de ayudar á semejante rescate, de ser esa influencia, no había sino un paso, y este era tentador.

Pero tal halagüeña tentación no se formulaba en aquella alma conturbada sino después de escuchar la voz de su conciencia, que la decía así:

—Ahora no podré ocultar á Poyanne que he visto á Casal.

Porque era costumbre suya, cuando Poyanne estaba ausente, llevar una especie de diario de su vida y de sus pensamientos.

Cuando entró con la condesa en el palco de proscenio, dominábala aquel pensamiento y una expresión de desconfianza contra el joven.

El estaba allí con Candale y d'Artelles.

Y tenía en sus miradas, cuando la saludó, no esa fatuidad provocadora que parece decir á una mujer: «¿veis?, he conseguido encontraros, aun á pe-

sar vuestro,» sino al contrario, casi expresión de sufrimiento.

Aquel seductor, aquel rey de la moda, aquel hombre hastiado, no se reconocía desde la invitación de la señora de Candale.

Decíase, no obstante su experiencia:

—La señora de Tillières va á estar molestada por encontrarme aquí; creará que me impongo á ella, y si d'Avançon prosiguió un poco más en su trabajo de demolición, soy hombre perdido en su espíritu.

Y esta ansiedad la cambió en verdadero dolor cuando ella pasó por delante de él para ocupar asiento de primera fila, tan graciosamente fría en sus ojos y en todo su rostro, como trastornada le pareció el día anterior.

Por primera vez se apareció entonces á Raimundo la evidencia de la sensación que experimentaba. ¡No se trataba ya, no, de hallarse con una *burguesa* de diez á doce de la noche, ni de prepararse un *flirt*, una conversación íntima, fuera ó no interesante!

—¡Esto es—dijose en su *argot* habitual— que he sido *flechado*!

Y estudiaba á Julieta que, vestida de blanco, se instalaba al lado de la señora de Candale, que llevaba traje rosa.

Las dos amigas preludiaban la toma de posesión del palco y de la sala, colocando sobre la barandi-

lla de terciopelo el abanico, el pañuelo, los gemelos de concha, el frasco de sales, y pasaban revista, sin aparentarlo, á los demás palcos.

Representábase la ópera *Hamlet*, de Ambrosio Thomas, bastante medianamente.

La excelente artista que ejecutaba la parte de Ofelia estaba todavía envuelta en abrigo de pieles, y Casal, en la penumbra del palco, podía oír frases como estas:

—«¡Dios mío, que rey tan malvado! ¿Cómo ella ha podido envenenar á su marido por un hombre semejante?

»—¿Quién está en el palco de la señora Bonni-vet? ¿Ya no es Saint-Luc?

»—Me pregunto siempre si el fantasma es un actor de carne y hueso...

»—Pues no lo dudes: observa cómo mueve los labios.

»—¡Calla! En el palco de la señora Komif está la linda señora Moraines, ¿no es verdad?

»—Mira la reina... ¿Con quién la encuentras pa-recido?

»--No adivino...

»—Pues con María de Tardes..... ¡Es asom-broso!»

Tales son las ideas, ó poco menos, que cambian ordinariamente, al compás de la música, esas es-finges adornadas de diamantes que ocupan los palcos de proscenio, y cuyo perfil, visto de lejos, ex-

cita recuerdos de novela en el cerebro de dos ó tres soñadores pobres ocultos en la sala.

Porque en la Ópera hay siempre alguna pareja de jóvenes, enardecidos hasta el blanco por lecturas mal comprendidas, ya estudiantes famélicos ó pasantes de sala, ya modestos empleados ó provincianos en viaje, que han hecho economías para ir una vez siquiera á mirarse en aquella sala con los resplandores del sol del *high life*.

En el momento en que el telón se levantó para el acto de la locura, la condesa de Candale, dijo para ella misma y para sus invitados:

—Ahora es necesario escuchar.

El silencio reinó en el palco.

Hay, en efecto, en el acto cuarto de *Hamlet* una divina romanza, de la cual diríase que el maestro francés ha tomado el tema á un canto popular del Norte; algunos compases de melancolía nostálgica y desesperada pasan sin cesar en el canto de Ofelia, mientras alrededor de ella sus compañeras van y vienen, danzan y cantan; y el contraste de la vida que se desarrolla alegre y hermosa en torno de un alma presa de pasión solitaria, en el doloroso martirio de su herida íntima, es siempre conmovedor para el corazón.

En las miradas de los amantes se ven palpitar lágrimas de dicha, y todas las bocas se abren para saludar la fiesta, todas, menos la de aquella pobre abandonada, á quien el príncipe cruel ha dicho:

«¡Suave Ofelial,» y en seguida: «¡Entra en un convento!»

A través de la felicidad de las otras adivina su irreparable desgracia, y todo lo que ella habría podido ser, y suspira: «¡Ah! ¡Feliz la esposa en brazos de su esposo!...» Y su razón se va en aquel suspiro...

El encanto de la música y su virtud particular es el hecho de no precisar el simbolismo que envuelve; préstase también á las exigencias más diversas de la sensibilidad.

Y mientras la bella y lastimera frase de la romanza se desenvolvía, á través de una combinación escénica hábilmente preparada, cada una de las personas reunidas en el palco de la señora de Candale sentía palpitar algún pensamiento íntimo.

Gabriela, que sólo con volverse hubiera podido ver á la señora Bernard, la querida de su marido, en un palco inmediato, encontraba en el suspiro de la pobre niña abandonada algo del sufrimiento secreto de su vida; la resolución de Julieta se debilitaba y languidecía por las invisibles lágrimas que la suavidad de la armonía dejaba caer en su corazón; el mismo Casal, invadido por aquella emoción romántica la primera vez en su vida, olvidaba sus dicharachos habituales contra *el ruido más querido de todos los ruidos*, y turbábase un poco, voluptuoso y triste á la vez, al escuchar la conocida romanza al lado de la mujer á quien empezaba á amar.

Ella estaba cerca de él, con sus rubios cabellos sencillamente levantados por detrás, con su nuca finísima, cuya blancura se prolongaba por la abertura del corpiño hasta los hombros, con la suave línea de su mejilla, con el perfume de toda su persona, aroma imperceptible de lilas de Persia.

Estaba cerca de él, y, sin embargo, ¡tan lejos todavía!

¡Ah, si pudiese hablarla en el momento en que ella parecía como confundida en la misma impresión que él sentía!

Pero la puerta del palco se abre, y alguien entra: es Mosé, á quien Candale estrecha la mano, y la señora de Candale se levanta para ir á hablar con el recién llegado, que apenas saluda á la señora de Tillières.

—Venid aquí—dijo Gabriela á Mosé, mostrándole un sillón en el antepalco.—¡Tenéis una cara tan asombrada!... Vamos, contadme eso.

—Pero no, señora—respondió Mosé riendo—¡si no tengo nada que contar!

—Si os estorbo...—dijo Candale.

Y apoyándose en el brazo de Artelles salió del palco, diciendo:

—¡Soy un buen marido! Ya veis que os dejo solos.

—¿Se levantará ella también?—pensaba entretanto Casal, que se había quedado solo con Julieta en la delantera de su palco.



Y era verdad que la señora de Tillières se decía entonces:

—Mi deber es evitar estos cinco minutos de conversación á solas.

Mas ella permanecía sentada en su sillón, afectando recorrer de nuevo toda la sala con sus diminutos gemelos.

En el espejo que decoraba la pared del palco veía el rostro de Casal lleno de inquietud, y ella misma sentía al par su emoción del primer día en que vió á aquel hombre, hermoso y soberbio; y sentía también enternecimiento irresistible ante la evidente timidez que lisonjeaba el más íntimo orgullo de la mujer.

Y en tal momento, cuando se juzgaba culpable y sentía aquellas secretas delicias, no se levantó.

El joven comenzaba á hablarla; podía ella hacerle el desaire de no contestar; pero ¿por qué?

—Es una romanza bellísima—dijo Casal—y sólo por ella se debe perdonar al maestro la osadía de haber tocado á Hamlet... Es necesario, para saber lo que vale la obra de Shakespeare, verla representada en Londres por Irvigny. ¿La conocéis, señora?

—Nunca he ido á Inglaterra—respondió Julieta, y además pensó:

—Gabriela tiene razón; le causo miedo.

Esto fué una sensación de pocos instantes, pero sensación deliciosa.

La reserva de Casal dejaba descansar á su conciencia, y, sobre todo, era una prueba de que ella agradaba al joven, quien proseguía explicando la manera artística del gran actor inglés en la obra principal de Shakespeare.

—Confesad, señora—dijo de pronto Casal interrumpiéndose y riendo—que me encontraréis algo ridículo pretendiendo tener gusto artístico.

—¿Por qué?—preguntó ella con algún estremecimiento.

Dábase cuenta, en efecto, de que aquella frase los llevaría á otras, y que la conversación se haría peligrosa.

—¿Por qué?—respondió Casal.—Por el retrato mío que vuestro d'Avançon ha trazado el otro día.

—¡Pero si no le escuché!—dijo Julieta, esforzándose en ocultar su turbación.—¡Tenía tan fuerte dolor de cabeza!

—Sí—añadió Casal con melancolía, sólo fingida á medias;—pero el día en que no tengáis jaqueca le escucharéis y le creeréis... ¡Y si no á él, á otro!.. Ayer le decía yo á Candale: es un poco duro ser juzgado siempre por algunas locuras de juventud; y además he creído observar... ¿me permitís hablaros con toda franqueza?

Ella inclinó la cabeza, y él, que había sabido presentar aquella pregunta enigmática con cierta gracia infantil, tan poderosa y seductora para las mu-

¡eres cuando la expresa un hombre en toda la energía de viril madurez, prosiguió así:

—Pues me pareció que no os agradaba verme en vuestra casa... Y es verdad, porque vos no me invitasteis á volver...

—¡Pero—dijo ella, turbada por aquella frase tan directa, que ni aun logró disimular—si vos no lo sentiréis! Vivo en el rincón de mi casa tan apartada de todo lo que os interesa...

—¿Lo veis? Escuchasteis la requisitoria d'Avançon, no obstante vuestra jaqueca. ¡Pues bien! Yo quisiera obtener de vos misma autorización para visitaros en vuestra casa de la calle Matignón, aunque sólo sea para preveniros algo contra semejante requisitoria. ¡Confesad que esto sería un acto de justicia!

Y estaba tan simpático en aquel momento, irradiando dulzura de sus claros ojos, y la conversación había sido tan rápidamente conducida, que Julieta respondió como á pesar suyo:

—Os veré siempre con placer.

Esta frase era la más vana, ciertamente; pero dicha así, en respuesta á la petición de Casal, y después que la señora de Tillières se había prometido ser discreta, esa frase equivalía á una primera debilidad.

La palabra «¡gracias!» que Casal pronunció conmovido, hizo comprender á Julieta que el joven así la interpretaba.

Entonces tuvo fuerzas y voluntad para levantarse y dirigirse también hacia el antepalco, á fin de reunirse con Gabriela y Mosé.

¡Era ya demasiado tarde!

## VI

### La pendiente resbaladiza.

Cuando Julieta regresó del teatro á su casa, y vestida ya con traje de noche, despidió á su doncella y sentóse á la mesita para escribir á Poyanne la relación del día.

Aquella mesita, donde innumerables objetos revelaban la delicadeza del talento del ama de la casa, formaba un ángulo del saloncito; los retratos de sus padres, de su marido y de otros muertos venerados, así como los de sus amigos predilectos, estaban al alcance de la mano y de la mirada, colgados en el tapiz de seda que cubría el lienzo de pared en el que se apoyaba la mesita; encima de los cuadros, unos de fino taflete, otros de plata cincelada, había una librería *étajère* que contenía los volúmenes que ella leía con preferencia: la *Imitación de Cristo*, poesías íntimas, novelas de análisis, sentimentales y moralistas.

Preciosa lámpara velada por pantalla de encaje alumbraba con suave luz el aposento y el virginal lecho de palo rosa, de columnas salomónicas, dis-